



Hay muchas maneras de jugar con la farsa. :: SARAH LEEN

Ya lo dijo Pessoa en 'Autopsicografía': «el poeta es un fingidor./Finge tan completamente/que hasta finge que es dolor/el dolor que en verdad siente». Pero, ¿solo los que se desparrraman en verso?, ¿y quién no? Aunque, desde luego, hay muchos modos de fingimiento, tantos como maneras de estar solo, según otra feliz expresión del poeta del Chiado. Ahí van algunos que han aparecido recientemente por las librerías, a cual más curioso y sugerente.

Henry Maximilian Beerbohm, avalado en la fajilla



promocional por Roberto Bolaño, fue un personaje singular, del círculo de Oscar Wilde y Alfred Douglas, dandi por excelencia como ellos, afamado caricaturista y autor del anecdotario: 'Seven Men', para algunos, una obra maestra. 'El farsante feliz' es un cuento largo, casi 'nouvelle', amable pero con un puntito perverso, resuelto idílicamente, no exento del mejor humor británico, irónico y fino. En este sentido, la traducción de Matías Godoy suena estupendamente. Es también casi una fábula alegórica –o un cuento de hadas, como reza el subtítulo–

sobre el hombre y sus máscaras, sus vergüenzas e ilusiones, sobre su conciencia, en definitiva, frente al mundo, que oscila entre la entrega con descaro y la renuncia absoluta fruto del exceso y el cansancio que comporta.

Se centra en la figura de Lord George Hell, fullero empedernido, cinico y antipático, ligón «voraz, destructivo y rebelde», que ocultaba su perfidia con un candor abominable: «dicen que era un Calígula con aire de sir John Falstaff», nada menos. Londinense a machamartillo, «se preciaba de no haber visto una margarita en veinte años

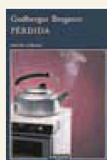
y alguna vez se refirió al campo como un paraíso de ilusos». Su única virtud conocida es que no fumaba, con lo que está todo dicho. El argumento desarrolla la transformación, más bien metamorfosis, de semejante insolente, amén de desdenoso, tras un flechazo fulminante, en toda regla, que lo postra, con una debilidad impropia, incluso bucólica, hasta expiar sus faltas y preferir la cabaña al palacio, ante una cándida bailarina y actriz de ópera.

La joven editorial cacereña Periférica va conformando, dentro del panorama na-

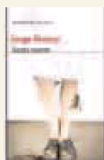
ractivo, un catálogo muy atractivo y original, sobre todo trayendo a nuestro idioma novelas en las que nadie había reparado, que así, de paso, se recuperan y constituyen gratos descubrimientos para quienes ignorábamos por completo su existencia, bastaría citar la deliciosa 'La librería ambulante', que ya comentamos aquí, o las narraciones inclasificables de Elizabeth Smart, Mary Cholmondeley o Marcella Olschki, cada una a su modo muy recomendable. Además, suelen aunar calidad y lectura entretenida, algo menos común de lo que sería desea-

Unos cuantos tunantes

La farsa como arte de vida



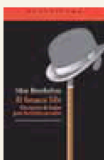
'PÉRDIDA'
Autor: Gudbergur Bergsson.
Editorial: Tusquets. 142 pp. 13 euros.



'SANTA SUERTE'
Autor: Jorge Franco. Editorial: Seix Barral. 317 pp. 19,50 euros.



'MEMORIAS DE UN TRAMPOSO'
Autor: Sacha Guitry. Editorial: Periférica. 102 pp. 15,50 euros.



'EL FARSANTE FELIZ'
Autor: Henry M. Beerbohm. Editorial: Acantilado. 63 pp. 10 euros.

ble, lo que añade más valor a estos hallazgos.

Es el caso también de 'Memorias de un trampo', narración ligera, que se lee con una media sonrisa, publicada por Gallimard en 1935, que en su día obtuvo mucha resonancia y, en relación con lo anterior, el aplauso de crítica y público, unanimidad hartamente difícil de alcanzar. El autor, Sacha Guitry, era de origen ruso y se ganó la vida como director, autor y actor de comedias musicales, incluso realizó una adaptación cinematográfica muy exitosa y respaldada de esta novela.

Como en las historias del género picaresco, se da buena cuenta de la vida del protagonista, por entero y desde su nacimiento, incluyendo el minuto que duró en el frente de la Primera Guerra Mundial. Y no falta la prematura orfandad, aquí debida, en consonancia con el saludable humor negro, y de todo tipo, que se gasta el autor, a un envenenamiento masivo por ingestión de setas –ojo, a los que salgan cuando llueva, lo que parece difícil, al monte con infulas micológicas– de su numerosa familia, lo que le obliga a ponerse en manos de unos detestables,

además de mezquinos, picarescos. Con estos antecedentes no es de extrañar la catadura moral del personaje, que se desprende ya del título. Y tras una existencia azarosa, de mozo, botones y crupier, dando tumbos por París y el Mónaco de los Grimaldi, mejora, a su parecer, como el Lazarillo de Tormes o el Guzmán de Alfarache, de condición, aunque se encuentre casi en la miseria y termine, con antimoraleja incluida, donde empezó el dandi de Beerbohm, ejerciendo de fullero profesional y solitario, amén de transformista de sí mismo.

Otra falsaría de cuidado es una de las tres hermanas protagonistas de 'Santa suerte' (Seix Barral) del colombiano de Medellín Jorge Franco, conocido por la renombrada 'Rosario Tijeras', al que García Márquez cuenta entre sus herederos en el campo de la narrativa. Atiende por Jennifer y cuando en la apocalíptica obertura de la novela la casa familiar, con su fardo de sueños, afanes y recuerdos, se está incendiando y comprende que una de sus hermanas, presa de una estéril locura epistolar, quiere morir entre esas cuatro paredes, hacerse humo, le grita:

«¡achichárrate tú con tu maldito fantasma!». Todo un carácter. Después del siniestro, recuerda el día en que, cuando era muchacha, casualmente, durante un terremoto, comenzó a ganarse la vida engañando a los demás, sus comienzos en el arduo y proceloso arte del fingimiento.

El autor acude, lo que es muy inusual, a la segunda persona narrativa para abordar la caracterización de un personaje y a las cartas, como he mencionado, para dibujar el tormento de otro; atomiza el argumento, en el que predomina el componente visual, mediante saltos temporales, en torno a la fortuna –focalizada en los curiosos hijos gemelos de Jennifer– y el infortunio. Y es cierto que aun en los antipodas del estilo del creador de Macondo, nada barroco en su caso, sino más bien plano, alérgico a las florituras en beneficio de un ritmo a ratos galopante, comparte con el Nobel el arte genesiaco y la capacidad de fabular y de concebir y trazar figuras de una pieza, que no se olvidan fácilmente, como la mentada Jennifer –ya para bautizarla así hay que echarle valor–, que tiene clarísimo que todo el mundo miente aunque ignore cuántos viven de la mentira. E intente averiguarlo.

Pero llega un momento en la vida en el que la farsa se acaba. Resta enfrentarse a la muerte de la mejor manera posible. Aunque «todo lleva su tiempo», como se apunta en 'Pérdida' (Tusquets) de Gudbergur Bergsson. Desde que lei 'Gente independiente' (Turner) de Halldór Laxness he sentido atracción por la narrativa islandesa –aunque no por el desembarco policiaco muy de moda, que no he catado ni creo que lo haré– que hunde sus orígenes en las sagas, que tanto frecuentara Borges, hasta obsesionarse, aunque este autor autodidacta, ya octogenario, las juzga, curiosamente, aburridas, un lodazal y una tabarra. A Bergsson, traductor del 'Quijote', natural de un pequeño pueblo de pescadores cercano a Reykjavik, que evocara espléndidamente en 'La magia de la niñez', el envés luminoso de 'Pérdida', me aficionó a raíz de 'El cisne' –inolvidable la niña protagonista, a caballo o al borde de una charca de turba, durante sus vacaciones iniciáticas lejos de la costa natal, tierra adentro, en la alegría campesina, «en la quietud y en la belleza de la tierra», así como su contrafigura, la hija del granjero– y lo he seguido a través de las tres novelas posteriores que también ha editado Tusquets.

La quinta vertida a nuestro idioma –ya la anterior, 'Las maestras paralíticas', era

Llega un momento en la vida en el que la farsa se acaba. Resta enfrentarse a la muerte de la mejor manera posible

(...) sin ahorrar sus miserias, se pregunta cómo conservar la dignidad entre excrementos y orines

De siempre he sido partidario del simulacro

bastante sombría – es una visión, demorada y a la vez contundente, de la senectud, un análisis introspectivo sin edulcorantes ni gaitas metafísicas, un hundimiento inexorable, casi sonámbulo, en los abismos que dan al morir, a la desaparición definitiva. El protagonista, al que se acerca el narrador desde el distanciamiento que proporciona un punto de vista vacilante entre primera y tercera persona, aislado del mundo y de su ruido fatuo gracias a unos tapones para los oídos, vacío por dentro, sumido en «la debilidad, la somnolencia y el silencio», siempre en una especie de duermevela, de tiempo brumoso, sin fuerzas para combatir la tristeza y la angustia que solo conocen a fondo los ancianos, pero dominado por «un indefinible deseo de vivir que es más costumbre que auténticas ganas de vivir», rememora al albur episodios cruciales de su existencia mediante trazos esenciales, con encomiable economía de medios. Consciente del inapetible proceso de degeneración, sin ahorrar sus miserias, se pregunta cómo conservar la dignidad entre excrementos y orines mientras bulle un hervido eléctrico y en su memoria se filtra la niebla de las Ferreo, «que se arrima alegre a las casas».

De siempre he sido partidario del simulacro. Ahora bien, ante la senilidad –me acaba de venir a la cabeza, a raíz de 'Pérdida', Svevo– semejante defensa no deja de tener mucho de obscuro. Así que siento de pronto ciertos remordimientos, que no me durarán mucho, por haber disfrutado con personajes que basan su atracción en la dudosa respetabilidad y los actos censurables. Mea culpa.